

183



Los animales
en la Biblia

Didier Luciani

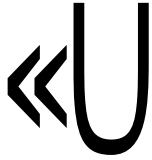
verbo divino

CB
183

DIDIER LUCIANI

Los animales en la Biblia

evd



Ursus y Homo estaban unidos por una estrecha amistad. Ursus era un hombre, Homo un lobo». Así comienza una de las novelas más oscuras de Victor Hugo, *El hombre que ríe* (1869). Narra el salvajismo multiforme de algunos seres humanos y comenta narrativamente la sentencia del filósofo Thomas Hobbes (1588-1679) tomada del poeta latino Plauto: «*Homo hominis lupus* (El hombre es un lobo para el hombre)». Desde el principio, antes de que comience la acción, Hugo nos permite vislumbrar, sin embargo, que las relaciones entre el hombre y el animal pueden ser pacificadas.

Este deseo de armonía está de moda actualmente, sobre todo en Occidente —el prólogo del cuaderno lo explica detalladamente—. Existen asociaciones que protegen y defienden a los animales. Cuentan con el apoyo mediático de artistas (Brigitte Bardot), científicos (Boris Cyrulnik), filósofos (Peter Singer), etc. Se está desarrollando un derecho al respecto. Ha surgido un nuevo modo de vida: el «veganismo» o el vegetarianismo integral, cuya expresión más espectacular es el rechazo a todo alimento o prenda de vestir de origen animal. Menos excesivo, el papa Francisco recuerda que el amor de Dios se extiende a todas las criaturas y que «la misma miseria que lleva a maltratar a un animal no tarda en manifestarse en la relación con las demás personas» (*Laudato si'*, n. 92).

Este número da la bienvenida al tema. Didier Luciani, profesor en Lovaina la Nueva, dirige a menudo sesiones al respecto. Retoma aquí la materia, las líneas de reflexión, las insistencias surgidas del diálogo entre los textos bíblicos y nuestras cuestiones contemporáneas. No debe esperarse un catálogo del bestiario bíblico y de su simbolismo: se ha hecho frecuentemente y muy bien (véase *Para saber más*). Más importante —y más apremiante— le ha parecido hacer un estudio de fondo con valor antropológico y teológico, que nos resulta ya muy útil.

GÉRARD BILLON

Didier Luciani, laico, casado y padre de siete hijos, enseña Antiguo Testamento y Judaísmo en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Lovaina (Lovaina la Nueva, Bélgica). Codirige con Jean-Pierre Sonnet la colección bíblica «Le Livre et le Rouleau» (Lessius). Además de sus numerosos estudios sobre el Levítico, sus últimas obras (en colaboración) son *Révéler les œuvres de Dieu. Lecture narrative du livre de Tobie* (2014, con E. Di Pede, C. Lichtert, C. Vialle y A. Wénin) y *L'Antijudaïsme des Pères. Mythes et/ou réalité?* (2017, con R. Burnet y J.-M. Auwers). En el *Cuaderno Bíblico* 168, escribió la parte titulada «Sansón, el arte de un relato» (pp. 4-30).

Los animales en la Biblia

A lo largo de las épocas, las relaciones entre seres humanos y animales han sido múltiples y variadas. La Biblia misma carece de un discurso unificado sobre el tema. El lugar y la función de los animales se abordan de diversas maneras. Entre el jardín de los orígenes (Génesis) y la ciudad mesiánica (Apocalipsis), encontramos relatos que deben explorarse y leyes que deben volver a descubrirse. Para comprender al ser humano es necesario adquirir una cierta familiaridad con «nuestros amigos los animales». Este número se dedica a ello, situando a los animales en el proyecto creador de Dios y, después, en el sistema legislativo y cultural. Terminamos comentando brevemente su potencia simbólica.

DIDIER LUCIANI

Prólogo

Nadie pondrá en duda el hecho de que, actualmente, al menos en nuestras sociedades occidentales, la cuestión del estatus, de los derechos y del «bienestar» animal se ha ido imponiendo progresivamente en la conciencia colectiva y en el debate público. La esfera mediática y quienes viven en ella se comprometen por esta causa. Una parte del mundo intelectual les sigue el paso. Para darse cuenta de su importancia basta con recorrer los pasillos de una librería e identificar las numerosas publicaciones —con títulos muy explícitos— que tratan del tema: *Manifeste pour les animaux* (Franz-Olivier Giesbert [dir.], 2014), *En defensa de los animales* (Matthieu Ricard, 2015), *L'Éthique animale* (Jean-Baptiste Jeangéne Vilmer, 2015), *Les animaux aussi ont des droits* (Boris Cyrulnick, Élisabeth de Fontenay y Peter Singer, 2015), *Manifiesto animalista* (Corine Pelluchon, 2018), *Carta abierta a los animales y a los que no se creen superiores a ellos* (Frédéric Lenoir, 2018), *L214. Une voix pour les animaux. Un autre monde est possible* (Jean-Baptiste Del Amo, 2017), etc. O incluso mirar los videos de YouTube, realizados clandestinamente dentro de mataderos, y constatar el impacto que lo que se hace en ellos tiene en la opinión pública.

Sin entrar en cuestiones filosóficas delicadas y complejas, sobre todo la de saber qué constituye la verdadera especificidad de lo humano con relación a lo animal, resulta muy fácil comprender por qué el tema tiene tanta importancia y nos toca tan de cerca. Una primera razón es a la vez tradicional y universal: desde siempre, el hombre ha mantenido relaciones con el animal y ha percibido, más o menos confusamente y de manera diferente según las épocas y las eras culturales y geográficas, que hablar del segundo también implica decir algo del primero (véase por ejemplo las fábulas, desde Esopo hasta La Fontaine). Una segunda razón es más reciente y coyuntural: la grave crisis ecológica que afronta la humanidad pone fundamentalmente en cuestión nuestra visión eco-

nómico-utilitarista del mundo y nuestra manera, a menudo irresponsable e injusta, de explotar sus recursos. Aunque no se limita a este único aspecto, esta crisis cuestiona también directamente nuestra relación con los demás seres vivos en la «casa común» y, por consiguiente, con los animales: elección de un régimen alimentario, métodos de crianza (a menudo, más bien, «de producción» masiva e industrial) y de sacrificio (algunos dirían de «asesinato» y otros llegarían a hablar incluso de ¡«holocausto de los animales» o de la «Treblinka eterna»!), riesgo de extinción de numerosas especies y rápida disminución de la biodiversidad, etc.

En el debate podrían intervenir también muchos otros motivos —por ejemplo, la urbanización cre-

ciente de nuestras sociedades y la modificación consiguiente en términos de distanciamiento y disociación de nuestro vínculo con la naturaleza (desde 2006, más de la mitad de la población mundial vive en ciudades)—, pero, en todo caso, en este estadio preliminar de la reflexión podemos hacer ya tres sencillas observaciones (véase recuadro pp. 6-7):

1. Desde el animal-máquina de Descartes al «antiespecismo» (negación de la superioridad de la especie humana sobre las especies animales), que caracteriza a la mayoría de los adeptos al veganismo (o vegetarianismo integral) pasando por la visión utilitarista de un Spinoza, el modo de concebir y, por consiguiente, de vivir las relaciones entre el hombre y el animal han sido múltiples y variadas.
2. Entre el animal de compañía, «consumidor» y *alter ego* al que se acaba idolatrando¹, y el animal «de consumo» a quien se sacrifica antes de comerlo, nuestra sociedad parece debatirse entre imperativos aparentemente contradictorios o, peor, esquizoides.
3. Si es verdad que un comportamiento cruel con los animales raramente delata una gran compasión por los humanos, cabe constatar —a la inversa— que, en contra de lo podría esperarse, una mejor consideración de la «causa animal» no

¹ En 2014, el mercado de animales domésticos movía una cantidad de 4,5 mil millones de euros en Francia, 54 mil millones en todo el mundo. No dejar de crecer cada año.

se ve acompañada siempre con una mayor sensibilidad por la defensa de los derechos humanos.

En todo caso, es evidente que nuestra manera de ver a los animales —suponiendo, por otra parte, que sea razonable globalizar esta categoría (nuestros afectos por la pulga y el perro que parasita son diferentes)— y, sobre todo, nuestra manera de situarnos con respecto a ellos, están muy distanciadas de las de los tiempos antiguos. Para el Israel bíblico, como para las demás civilizaciones rurales antiguas, puede hablarse a la vez de cercanía y de distancia: por un lado, el pastor, cercano a la naturaleza, vive en simbiosis con su ganado que es su sustento; por otro, los animales salvajes o los que perjudican a las culturas constituyen amenazas contra las que debe protegerse el hombre. En todo caso, la relación con el animal se nutre de una cierta forma de respeto, de conocimiento recíproco (Jn 10,27: «Mis ovejas conocen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen») y de equilibrio que debe conocerse y preservarse. Además, antes de ser una cuestión teórica, esta relación adquiere siempre un aspecto pragmático e incluso vital: la vida física, el bienestar material del hombre e incluso su vínculo con la divinidad (*a través del culto*) dependen de ello.

En estas condiciones, ¿tiene aún algo que decirnos la fuente bíblica? ¿No está, al contrario (como algunos sostienen), en el origen de la visión utilitarista ampliamente rechazada actualmente? ¿Se reducen los textos fundacionales a lo que ha querido hacer de ellos una cierta tradición judeo-cristiana o una lectu-

ra renovada podría permitirnos comprender las intuiciones de un Francisco de Asís, de un Serafín de Sarov o incluso, más cercano a nosotros, de un Albert Schweitzer, el médico de Lambaréné, premio Nobel de la Paz en 1952 (sobre la cuestión animal, véanse especialmente sus dos obras: *La civilización y la ética*, 1962; *Mi vida y mi pensamiento*, 1966)?

Nuestra investigación no pretende responder a todas las preguntas planteadas anteriormente, pero sí quisiera mostrar al menos el interés de releer la Biblia para enriquecer e inspirar nuestra reflexión y —quién sabe, recuperar así una relación más adecuada con el mundo creado (animales incluidos)— para cambiar algunas de nuestras prácticas.

Humanos y animales

1. El animal-máquina

(Descartes, *Discurso del método*, 1637)

«[...] aquellos que, sabiendo cuántos autómatas o máquinas semovientes puede construir la industria humana, sin emplear sino poquísimas piezas, en comparación de la gran muchedumbre de huesos, músculos, nervios, arterias, venas y demás partes que hay en el cuerpo de un animal, consideren este cuerpo como una máquina que, por ser hecha de manos de Dios, está incomparablemente mejor ordenada y posee movimientos más admirables que ninguna otra de las que puedan inventar los hombres [...]. Ahora bien, por esos dos medios puede conocerse también la diferencia que hay entre los hombres y las bestias, pues es cosa muy de notar que no hay hombre, por estúpido y embobado que esté, sin exceptuar los locos, que no sea capaz de arreglar un conjunto de varias palabras y componer un discurso que dé a entender sus pensamientos; y, por el contrario, no hay animal, por perfecto y felizmente dotado que sea, que pueda hacer otro tanto. Lo cual no sucede porque a los animales les falten órganos, pues vemos

que las urracas y los loros pueden proferir, como nosotros, palabras, y, sin embargo, no pueden, como nosotros, hablar, es decir, dar fe de que piensan lo que dicen; en cambio los hombres que, habiendo nacido sordos y mudos, están privados de los órganos, que a los otros sirven para hablar, suelen inventar por sí mismos unos signos, por donde se declaran a los que, viviendo con ellos, han conseguido aprender su lengua. Y esto no sólo prueba que las bestias tienen menos razón que los hombres, sino que no tienen ninguna».

2. Acusación contra la moral judeo-cristiana (Arthur Schopenhauer, *Fundamento de la moral*, Fráncfort 1841)

«La pretendida carencia de derechos de los animales, el prejuicio de que nuestra conducta con ellos no tiene importancia moral, de que, como se suele decir, no hay deberes para con los irracionales, todo esto es ciertamente una grosería que repugna, una barbarie de Occidente, que tiene su origen en el judaísmo. [...] El hecho de que la

moral del cristianismo no tenga en consideración a los animales es un defecto que más vale admitir que perpetuar».

3. Los animales ¿mejor tratados que ciertos hombres? (art. 1 de la ley del 24 de noviembre de 1933 sobre la protección de los animales, gobierno alemán del Reich)

«En el nuevo Reich no se permitirá en absoluto ser crueles con los animales, porque puede considerarse, con toda razón, que la legislación sobre la protección de los animales es un criterio revelador del nivel cultural de un país [...] la evolución natural de la cultura de un pueblo exige que una parte cada vez mayor de la población juzgue las brutalidades cometidas contra seres sensibles como una ofensa al sentido moral [...]. El pueblo alemán tiene desde siempre un gran amor a los animales y ha sido siempre consciente de las obligaciones éticas que tenemos con ellos. Sin embargo, solo gracias a la dirección nacional-socialista, el anhelo, compartido por amplios círculos, de una mejora de las disposiciones jurídicas para la protección de los animales se ha hecho realidad promulgando una ley específica que reconoce el derecho que poseen los animales a ser protegidos por sí mismos».

4. El antiespecismo (Peter Singer, *Liberación animal*, 1999)

«Un chimpancé, un perro o un cerdo, por ejemplo, tendrán un mayor grado de autoconciencia y más capacidad para

establecer relaciones significativas con otros que un recién nacido muy retrasado mentalmente o alguien en estado avanzado de demencia senil».

5. «Todo está relacionado» (papa Francisco, *Laudato si'*, n. 92)

«Por otra parte, cuando el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad. Por consiguiente, también es verdad que la indiferencia o la crueldad ante las demás criaturas de este mundo siempre terminan trasladándose de algún modo al trato que damos a otros seres humanos. El corazón es uno solo, y la misma miseria que lleva a maltratar a un animal no tarda en manifestarse en la relación con las demás personas. Todo ensañamiento con cualquier criatura “es contrario a la dignidad humana” [cita del *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2418, véase también nn. 2415-2417]. No podemos considerarnos grandes amantes si excluimos de nuestros intereses alguna parte de la realidad: “Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo” [cita de un documento de la Conferencia Episcopal de la República Dominicana de 1987]. Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra».

Introducción: datos estadísticos

El primer animal mencionado en la Biblia aparece en el quinto día de la creación y se presenta de forma grupal: «Y dijo Dios: “¡Rebosen las aguas de seres vivos [šereš nepeš ḥayyah] y que las aves [’op] vuelen sobre la tierra a lo ancho de todo el firmamento! / Y creó Dios los grandes monstruos marinos [hattanninim hagedolim] y todos los seres vivientes [kol nepeš haḥayyah] que se mueven y pululan [haromeset,] en las aguas; y creó también todas las aves, todas según su especie [leminehem]”. Vio Dios que esto era bueno, / y los bendijo con estas palabras: “Sed fecundos y multiplicaos; llenad las aguas de los mares y que igualmente las aves se multipliquen sobre la tierra”. / Vino la noche, llegó la mañana: ese fue el quinto día» (Gn 1,20-23).

Apoyando un inmenso arco que vincula el *arkhé* y el *télos*, el jardín de los orígenes y la ciudad mesiánica que baja del cielo, el último animal mencionado aparece en las líneas finales del Apocalipsis, obra que, por otra parte, estaría justificado designar como «libro del Cordero», puesto que contiene veintinueve de las treinta veces que aparece en el Nuevo Testamento el sustantivo *arnion* (cordero). Sin embargo, el último que asoma el hocico no es este cordero degollado y vencedor (véase 21,22.23.27; 22,1.3), sino el perro (justo antes del epílogo) y también resulta colectivo: «Dichosos los que han decidido lavar sus vestiduras para tener acceso al árbol de la vida y poder entrar en la ciudad a través de sus puertas! / ¡Fuera, en cambio, los perros [kynes] y los hechiceros, los lujuriosos, los asesinos, los idólatras y todos cuantos hacen de la mentira el programa de su vida!» (Ap 22,14-15).

Entre estos dos polos más de 3.000 referencias (más o menos 3.100) a los animales —teniendo en cuenta los términos genéricos (animal, criatura, bestia, etc.) y los individuales— colonizan el Antiguo Testamento, a las que debemos añadir algunos centenares (más o menos 400) que caminan en el Nuevo Testamento. En total, encontramos un repertorio de 170 especies. Unos resultados más precisos son difíciles de obtener, al menos por las tres razones siguientes:

1. es difícil, incluso imposible, identificar un cierto número de animales, porque solo aparecen una vez en la Biblia (*hápax*; véase especialmente las listas de Lv 11 y Dt 14). Además, algunas especies han desaparecido sin duda alguna, de modo que nos resultan totalmente desconocidas;
2. otros animales que se designan habitualmente por un nombre genérico en nuestras lenguas se

presentan con denominaciones mucho más diversificadas en hebreo. El león, por ejemplo, recibe siete denominaciones diferentes en la Biblia; lo mismo cabe decir de las langostas y de los antílopes, que son mucho más variopintos que lo que deja entender la lengua común. ¿Deben distinguirse o fusionarse?

3. a la inversa, animales que nosotros diferenciamos muy espontáneamente en la vida corriente se unen bajo categorías globalizadoras. El mejor ejemplo es el caso del pez, que, en la Biblia, nunca se identifica —salvo en cuanto puro/impuro (Lv 11) y masculino/femenino—, aun cuando es muy probable que, incluso en la mente de los escritores sagrados, las especies nilóticas que los hebreos comían en Egipto (Ex 7,18.21; Nm 11,5) eran diferentes del monstruo mediterráneo que engulló al profeta Jonás (Jon 2,1) o el del Tigris que quería arrancarle el pie a Tobías (Tob 6,3). Para quien conoce la Biblia, este «desinterés» por la fauna acuática no tiene, por otra parte, nada de sorprendente. Participa del sentimiento general de Israel, pueblo poco marineró, frente al océano y las «grandes aguas»: un ámbito hostil, terrorífico, poblado de monstruos temibles que solo son

dominados por Dios, pero con respecto a los que el hombre hace bien de mantenerse alejado (Sal 104,25-26; 107,23-27; etc.).

Habida cuenta de estos datos estadísticos y de la gran cantidad de veces que aparecen los animales, no es cuestión, evidentemente, de presentar de forma detallada —en los límites de este *Cuaderno Bíblico*— todo el bestiario bíblico (para compensar esta falta, véase la «lista de los 20 animales más citados en el Antiguo Testamento» al final de esta introducción). Con un horizonte diferente, obligatoriamente muy rápido, nos limitaremos a tratar de descubrir los diferentes lugares y funciones que ocupan los animales en el relato bíblico, esperando convencer así al lector de que, para comprender esas variadas funciones, no solo debe conocer el texto bíblico, sino también conseguir una cierta familiaridad con «nuestros amigos los animales». Nuestro recorrido se desarrollará en tres etapas:

1. los animales en el proyecto creador;
2. los animales en el sistema legislativo (protección y *kašrut*) y cultural (sacrificial);
3. los animales como modelos, fuente de inspiración para el hombre y material simbólico.

Lista de los 20 animales más citados en el Antiguo Testamento

Esta tabla no recoge las categorías genéricas como «animal», «bestia», «ganado», «animal salvaje», «ganado menor», «ganado mayor», «pez», «ave», etc. Los animales se clasifican según un orden cuantitativo decreciente. La cifra se refiere al número de ve-

ces que aparecen, que se toma de la *Concordance de la TOB* (París 1993). Una parte de las notas se inspira en el sitio del servicio bíblico católica Évangile et Vie: <https://www.bible-service.net/extranet/current/pages/200145.html>.

<p style="text-align: center;">Carnero hebreo: <i>'ayil</i> 161</p>	<p>Forma parte del «ganador menor» (<i>šo'n</i>), cuya crianza constituye una de las actividades principales del Israel bíblico. Un midrás cuenta que si Dios confió su pueblo a Moisés fue porque este había mostrado compasión por un animal de su rebaño (<i>Éxodo Rabbah</i> 2; véase 2 Sa 7,8, a propósito de David). El carnero se menciona para el holocausto (Ex 29,15-18; Lv 9; 16), pero también para el sacrificio de reparación (Lv 19,20-22). Un carnero es lo que ofrece Abrahán en lugar de Isaac (Gn 22,13). De su cuerno se hace el shofar (instrumento que se toca durante ciertas fiestas, véase Ex 19,16-19). En una visión de Daniel representa al Imperio persa derrotado por los griegos (Dn 8).</p>
<p style="text-align: center;">Caballo hebreo: <i>sus</i> 138</p>	<p>[<i>Hippos</i> en el NT]. El caballo se menciona por primera vez en la Biblia en las bendiciones de Jacob (Gn 49,17). No tiene en general buena reputación en Israel, porque encarna la fuerza militar, la de los egipcios (Ex 15,1) o la de Sísara (Jue 4,15). Se describe genialmente como animal de guerra en Job 39,19-25. Salomón los hizo traer de Turquía para su ejército (1 Re 10,26-29), pero esta potencia, cuyo número debe limitar el rey (Dt 17,16), se opone a menudo a la confianza en Dios. La visión de los cuatro carros de Zacarías (6,1-8) es retomada en el Apocalipsis, donde anuncia las plagas sobre la tierra (6,2-8). El Mesías, montado en un asno, suprime los caballos y los carros de guerra (Zac 9,8-10; véase Mt 21,2-9). El Verbo victorioso monta un caballo blanco (Ap 19,11-13).</p>
<p style="text-align: center;">Toro, buey hebreo: <i>par</i> 133</p>	<p>[<i>Taurus</i> en el NT]. Femenino: <i>parah</i> (= «vaca», 26 x). Pertenece al «ganado mayor» (<i>baqar</i>), más raro en Israel que el «ganado menor». Símbolo de potencia y de fertilidad. Se emplea para arar, trillar y como animal de carga. Se come su carne y se elaboran su piel y sus cuernos. Puede ser ofrecido también en sacrificio (holocausto en Lv 23,18-20; sacrificio de purificación en Lv 4,3-12).</p>
<p style="text-align: center;">Cordero, oveja, borrego hebreo: <i>keves</i> o <i>kesev</i> 120</p>	<p>El cordero, en la Biblia, es un símbolo privilegiado. Modelo de mansedumbre, de inocencia y de docilidad, el cordero representa al israelita que pertenece al rebaño de Dios (Is 40,11). Encontramos la misma imagen en los evangelios de Lucas y de Juan. Es la víctima sacrificial por excelencia (holocausto, sacrificio de purificación, sacrificio de reparación, sacrificio pascual). Su sangre en las puertas de los hebreos les protegió cuando Dios golpeó a todos los primogénitos del país de Egipto (Ex 12,21-27). Durante la fiesta de la Pascua, el cordero debe comerse en familia, en una misma casa, y sin quebrar ninguno de sus huesos (Ex 12,46). Jesús, presentado a veces como «el cordero de Dios» (Jn 1,29), elige morir en el momento en el que se inmolaban los corderos (véase Jn 19,14.36). Él se convierte en el nuevo cordero pascual (Hch 8,32, retomando Is 53,7), que, por su sangre, sella la nueva alianza entre Dios y los hombres. Por eso, llegará a ser el cordero glorioso, vencedor de la muerte y de las fuerzas del mal.</p>

<p>Asno hebreo: <i>ḥamor</i> 98</p>	<p>[<i>Onos</i> en el NT]. Utilizado como animal de carga y medio de transporte, es un animal terco y resistente a las condiciones desérticas que ocupa un lugar muy importante en el antiguo Israel. Era signo de riqueza: los patriarcas (Gn 22,3), los jefes de guerra, los príncipes (Jue 5,10) y los reyes se montaban en él. Pero en la época de Jesús, los grandes de la tierra ya no montaban en los asnos, sino en los caballos. De ahí el intenso simbolismo de la entrada de Jesús en Jerusalén subido a un asno (Lc 19,33-35): este Mesías montado modestamente en un asno no es un guerrero o un soberano temporal; su realeza no es de este mundo (véase Zac 9,9).</p> <p>El padre de Siquén el jeveo, el que violó a Dina, hija de Jacob, se llama Hamor (Gn 34). La tribu tranquila de Isacar se compara a un asno: «Isacar es un asno [<i>ḥamor</i>] robusto que se tumba entre las alforjas» (Gn 49,14).</p>
<p>León hebreo: <i>'ari</i> o <i>areyeh</i> 80</p>	<p>[<i>Léōn</i> en el NT]. El león era bastante común en Israel (desierto de Judá y del Negueb, valle del Jordán) hasta la época de las cruzadas. Debido a su fuerza proverbial (Prov 30,30) solo pueden hacerle frente hombres valientes, como Sansón (Jue 14,5-18) o David (1 Sm 17,34-37). Con él son comparados Judá o el Mesías (Gn 49,9) y Dios mismo (Os 5,14; Am 3,8). Pero puede también simbolizar los enemigos (Sal 7,3; 2 Tim 4,17), los peligros de la vida (Sal 91,13) e incluso el demonio (1 Pe 5,8). Daniel en su foso representa al judío rescatado de los paganos por Dios (Dn 6 y 14,23-42).</p> <p>Simboliza la tribu de Judá: «Cachorro de león [<i>gur aryeh</i>] es mi hijo Judá que vuelve de hacer presa; cuando se echa y se recuesta como león o como leona, ¿quién lo desafiará?» (Gn 49,9).</p>
<p>Buey, toro hebreo: <i>šor</i> 79</p>	<p>Con el asno, es el animal de tiro del agricultor, como Saúl (1 Sm 11,5-7) o Eliseo (1 Re 19,20-21). Él se beneficia también del descanso sabático (Dt 5,14; Lc 13,15). Las leyes antiguas prevén los casos en los que el buey puede ser causa u objeto de delitos (Ex 21,28-22,14). No se le puede poner bozal cuando trabaja (Dt 25,4; véase 1 Cor 9,9). Era vendido en el Templo como animal sacrificial (Jn 2,14-15).</p>
<p>Cabra, cabrito, chivo hebreo: <i>'ez</i> 75</p>	<p>Animal doméstico, puro y sacrificable (holocausto en Lv 1,10-13). Parte importante del rebaño, apreciado por su leche, su carne y su piel. Al mismo tiempo, es un animal «depredador» que puede destruir los bosques, derrumbar las terrazas y acelerar la erosión del suelo. De ahí la advertencia de los sabios en el Talmud (<i>Sukkot</i>, 29a).</p>
<p>Chivo hebreo: <i>ša'ir</i></p>	<p>Animal reproductor, el chivo es valioso y puede ofrecerse en sacrificio. En la fiesta del Kippur se sacrifica un chivo en expiación, mientras que otro (el famoso «chivo expiatorio») lleva al desierto los pecados del pueblo (Lv 16,8-10). La sangre de los chivos, como la de los toros, tiene por objeto obtener el perdón de los pecados (Sal 50,13), algo que cuestiona el NT (Heb 10,4). Femenino: <i>še'irah</i> (= «chiva», 2x).</p>
<p>Camello hebreo: <i>gamal</i> 54</p>	<p>[<i>Kámēlos</i> en el NT]. Se le imagina a menudo como animal de carga o cabalgadura de los patriarcas (Gn 24,10.61; 37,25), pero parece que el camello de una joroba (el dromedario) no apareció en el Próximo Oriente hasta el siglo XII a.C., sustituyendo al asno en el comercio con caravanas (1 Re 10,2). ¡Job posee miles (1,3; 42,12)! La reina de Saba visita a Salomón con camellos cargados de aromas (1 Re 10,2). Como la pezuña partida de este «rumiante» está recubierta por una zapata de asta, es declarado impuro (Lv 11,4). Juan Bautista viste una túnica hecha de piel de camello (Mt 3,4). Aparece en los proverbios (Mt 19,24; 23,24).</p>